

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS

31

JULIO - SEPTIEMBRE

1948

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

LIC. LUIS GARRIDO

Secretario General:

LIC. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR - FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$7.00
Exterior dls.	2.00
Número suelto	\$2.00
Número atrasado	\$3.00

Sumario

ARTICULOS

	Págs.
Oswaldo Robles <i>El perfil académico y la doctrina filosófica de Fray Alonso de la Vera Cruz</i>	9
Guillermo Francovich <i>Valery y Kierkegaard</i>	27
José Almoina <i>En torno a Saavedra Fajardo</i>	85
Juan Hernández Luna <i>La imagen de América en José Vasconcelos</i>	101
Arturo Arnáiz y Freg <i>Presencia y significación de México dentro de la vida de Occidente</i>	113
Vicente Gaos <i>Pro Cicerone</i>	127

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Juan David García Bacca <i>Religions Philosophie auf geschichtlicher Grundlage.</i> (Othmar Spann.)	135
---	-----

	Págs.
Rafael Moreno M.	<i>La introducción de la filosofía moderna en México.</i> (Bernabé Navarro.) 137
Juan Hernández Luna	<i>Tratados.</i> (Juan Benito Díaz de Gamarra.) 142
Juan David García Bacca	<i>Crisis y porvenir de la ciencia histórica.</i> (Edmundo O'Gorman.) 144
Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras	<i>J. H. Luna</i> 147
Notas y noticias de América	<i>R. H. Valle</i> 151
Publicaciones recibidas 167
Registro de revistas 171

EN TORNO A SAAVEDRA FAJARDO

Este nuestro confuso y pacíficamente turbulento 1948 es año de centenarios de muertes ilustres. El 1548 moría en México su primer obispo-arzobispo, don fray Juan de Zumárraga; el 1648 se oscurecían para siempre tres fecundos ingenios: el de Rojas Zorrilla, el de Tirso de Molina, el de Saavedra Fajardo; el 1848, se apagaba la mente de Jaime Balmes.

De todas estas vidas, dos caminaron coetáneas casi rigurosamente: la de Tirso y la de Saavedra. Ambos nacieron el mismo año 1548, aquél en marzo, éste en mayo, pues fué bautizado en la parroquia de Algezares, a una legua de Murcia, el 6 de dicho mes. Los dos exhalaban el postrer suspiro en fechas relativamente próximas: Tirso entre el 20 y el 24 de febrero; Saavedra el 24 de agosto, en la casa del hospital de San Antonio de la capital de España.

El vivir de don Diego Saavedra y Fajardo fué viajero y curioso. Los cinco años que pasó en Salamanca oyendo jurisprudencia y cánones, atento a su formación humanista, fueron pronto adumbrados por la agitación diplomática, primero como familiar y notario de cifra, después como secretario, más tarde en calidad de plenipotenciario o enviado especial, en Roma, en Ratisbona, en Munich, en los Cantones, en el círculo borgoñón, en Bruselas, en Viena, en Munster. Eran los postreros y jadeantes huelgos, ya tristes y fatigosos, de aquella ecuménica intervención española que había oreado y conmovido todo lo europeo durante más de un siglo. Y a lo largo de estos asendereos y cambios, en medio de sus actividades oficiales, va Saavedra decantando el torrente de lecturas que lo modelan espiritualmente, de tal suerte que el autor de las *Empresas* poseía al escribir sus obras dos elementos formidables: uno, su propia y directa experiencia, otro, el enorme acervo de su ilustración adquirida en fuerza de aquella

universal curiosidad, que le permite manejar los más ilustres autores con soltura que muy pocos literatos de su época lograron.

Pero de entrambos elementos ¿cuál prevalece y domina en la cortada prosa de Saavedra?

Hallar en ella lo verdaderamente personal requiere cuidadosa lección; pues resulta que quien tan intensamente vivió, cuando llega el momento obstétrico de producir —que según sus propias palabras es “uno de los mayores y más importunos trabajos de la vida humana—,¹ se arrebujaba en las opiniones ajenas como si tratase de hurtar al exterior la intimidad de su pensamiento y su actitud crítica, que quedan en la lejanía del panorama envueltas en niebla vagarosa, sutil, apenas captable, biseladas de matices tornasoles y circunspecciones. Y no es que Saavedra, amamantado en el culteranismo entonces dominante por doquier y bajo la profusión alegórica que desbordaba la cornucopia barroca, sea oscuro ni que sus obras —como quería Menéndez y Pelayo al hablar de las *Empresas*—² no estén plenamente construídas; no, dijérase más bien que, dominando la forma como pocos contemporáneos, se hubiese propuesto ocultarse, mantenerse en un plano recatado y hasta misterioso, sin desvelar opinión decisiva en ningún problema, pero sin dejar por esto de plantear todos cuantos entonces agitaban las conciencias. Es decir, Saavedra se nos aparece como un modelo ecléctico y escéptico, pero muy disimulado.

A las veces se le escapa la confesión, como cuando escribe: “Más cuerdos me parecieron los filósofos scépticos, porque juzgavan como indiferentes las cosas, y así ni las deseavan, ni las temían, sin que pendiese su felicidad o infelicidad de gozallas o perdellas.”³ O, al tratar de la veracidad de la historiografía situándose en franco pirronismo,⁴ lo que no le impide, sin embargo, lanzarse a analizar temas como el de la predestinación y el libre albedrío, el de la distribución natural de las riquezas por zonas humanas, y otros por el estilo.

Esta curiosa y, con frecuencia, paradójica actitud, es la que dibuja su figura repujándola dentro de la España de sus días; es lo que permite, con bastante seguridad, calificarle de independiente y considerarle como pensador plenamente moderno y, tal vez, como el más auténtico represen-

1 *República literaria*. Ed. de La Lectura, Madrid, 1923, p. 188.

2 *Historia de las ideas estéticas*. Ed. Glem, Buenos Aires, 1944. T. I, pp. 950-951.

3 *República literaria*. Ed. cit., p. 133.

4 *Idem*, pp. 184-185.

tante español de aquella crisis de conciencia que entre los siglos XVII y XVIII experimentó la cultura europea.⁵

Saavedra es lo más opuesto al autor inventivo y original, porque en él pudo más la cultura libresca que la vital; y con todo, se manifiesta inclinado en teoría al fácil brotar descuidado de las cosas, al vivir práctico, a la inteligencia natural. Pero al mismo tiempo multiplica en sus libros las citas de autores tanto sagrados como profanos, contradiciendo así sus propios conceptos y levantando la sospecha de que se trata de actitud insincera. La erudición que despliega Saavedra está presidida por Tácito —la más constante de sus referencias—, por las Sagradas Escrituras, San Gregorio Nacianceno, San Ambrosio, San Agustín, San Bernardo; de los clásicos griegos utiliza principalmente a Homero, Tucídides, Sófocles, Eurípides, Platón, Jenofonte, Aristóteles, Polibio y Plutarco; entre los latinos cita a Plauto, Terencio, Tito Livio, Salustio, Cicerón, Virgilio, Horacio, Ovidio, Séneca, Persio, Quintiliano, Suetonio, Plinio el Joven, Aulo Gelio, Quinto Curcio, Vegecio, Dión, Amiano Marcelino, Ausonio, Procopio, Casiodoro, Boecio. Al lado de esta condensación de la Antigüedad aparece muy enjuta la cultura renacentista; sólo el Panormitano, Polidoro Virgilio y Torcuato Tasso entre los italianos, y Mariana entre los españoles. Claro que esto es lo anotado o declarado. Sabemos que utilizó muy holgadamente y con constancia los *Emblemas* de Alciato, del que sacó elementos para sus *Empresas*. Son éstas deudoras también a casi todos los numerosos continuadores de Alciato, y en especial a Montenay, Pierio Valeriano, Covarrubias, Boissardus, Sambuco, Hernando de Soto, Otto Venio, Rollenhagen, Francisco de Villava, Frideric, Antonio de Borgoña, Schoonhovie, Bruck. Especialmente de este último y de Venio tomó Saavedra lemas enteros que ya reprodujo, ya modificó. Y, aunque no tanto y con franca cita como su sucedáneo en esta dirección, don Juan de Solórzano y Pereyra,⁶ es casi seguro que Saavedra manejó a Erasmo. Así parece deducirse de su Empresa XVI: "Purpura juxta purpuram dijudicanda", proverbio clá-

5 Sobre este tema, Paul Hazard: *La crise de la conscience européenne* (1680-1715). París, Boivin & Cie., 1934. 3 tomos.

6 *Emblemata Política*. Madrid 1655. Es la edición latina. La española en 10 tomos llevaba este título: "*Emblemas regio-políticos de don Juan de Solórzano Pereyra, distribuidos en décadas, traducidos por el doctor Lorenzo Matheu y Sánz. Valencia. Por Bernardo Nogues, 1658.*"

sico que Erasmo comentó⁷ y que Solórzano utilizará también.⁸ Pero, además, se desvelan otros testimonios de la influencia de Erasmo en Saavedra. Primeramente algunos conceptos en los que el español coincide con otros relativos a la inicial educación del príncipe, que aparecen en el tratado *Institutio Principis Christiani* del Roterodamés.⁹ Después, la similitud de argumentos en favor de la paz que puede establecerse entre la *Querrela* de Erasmo y la *República literaria* y las *Empresas*.

En la *República* aparece una cita franca: "... entrando por una plaza vi a Alexandro Alés i a Escoto haziendo maravillosas pruebas sobre una maroma; i, aviendo querido Erasmo imitallas como si fuera lo mismo andar sobre coturnos de divina filosofía que sobre zuecos de gramática, cayó miserablemente en tierra con gran risa de los circunstantes".¹⁰

La ironía, un poco forzada, descansa en considerar a Erasmo únicamente como filólogo y literato negándole calidad de filósofo y teólogo. Era la tesis de sus adversarios más radicales. Pero Saavedra incluye una tácita rectificación cuando, al presentar el fingido encuentro de Demócrito y Heráclito, recoge ideas sostenidas por Erasmo no como gramático, sino como filósofo: "... ya las ciencias están destruídas, porque de la Philosophía solamente se estudian algunas niñerías sofisticas, conque se atormentan los ingenios y hacen tercios y obstinados por sustentar sus porfías con falsas agudezas y cauilaciones de palabra y por términos fantásticos y ridículos sin llegar a penetrar las causas de naturaleza ni conocer la verdadera Philosophía moral, que forma y compone el ánimo, dándole a conocer la hermosura de la virtud y la fealdad del vicio, y desengañándole que no es feliz el rico, ni el que manda, aunque por tales los juzga el bulgo, sino el que es señor de sus pasiones y afectos y a quien solamente alguna fuerza muebe, pero ninguna turba... los maestros no procuran aprovechar sino admirar a los oyentes, haciendo ostentación de sus ingenios con número de alegaciones y buenas letras sin substancia ni provecho de los discipulos..."

7 *Adagiorum chiliades*. Ed. Froben, Basilea, 1540. Tomo II, p. 380.

8 Emblema xxxiv.

9 *Vid.* por ejemplo, en Erasmo: *Deligendus principis institutor; Quae nutrices et qui collutores adhibendi; Officia prima formatoris regij y Primum omnium est eximere prauas opiniones*. *Op. cit.* T. IV, pp. 433-435. Compárense con la Empresa Primera de Saavedra. Ed. de la La Lectura, Madrid, 1942, pp. 18-23.

10 *República*. Ed. cit., pp. 163-164.

Si consideramos bien estos conceptos, descubriremos la coincidencia con aquella corriente que tuvo en España tan conspicuos representantes como Nebrija, los Vergara, Hernán Núñez, Juan Luis Vives. De éste parecen proceder algunas ideas de Saavedra, tomadas, posiblemente, del *In Pseudodialecticos* y del *Veritas Fucata*; otras tal vez provengan del tratado *De Concordia et Discordia*.

Parece de Erasmo el juicio sobre los conquistadores: "Epaminondas, Lisandro, Temístocles, Xerxes, Darío, Alexandro, Pirro, Aníbal, Scipión, Pompeio i Cesar, famosos ladrones y tiranos del mundo",¹¹ que más tarde ha de repetir Feijóo.¹²

Otra coincidencia con Erasmo consiste en la condenación de la pedestre imitación de Cicerón, y en la manera de defender la paz como base indispensable al desenvolvimiento normal de los estudios.

También bebió Saavedra en Polydoro Virgilio, del cual probablemente conoció el *Adagiorum Liber*, antecedente de la más famosa colección del Roterodamés, el *De Prodigis Libri*, y, con seguridad, el tratado *De Inventoribus Rerum*, como lo prueba, entre otros ejemplos, la descripción de la invención de la tinta, la del descubrimiento de América, y la exposición del origen del arte tipográfico.¹³

De las tres obras fundamentales que nos legó Saavedra Fajardo, la *Corona góthica* puede considerarse tratado histórico-pragmático redactado, como su autor declara, con determinada finalidad.¹⁴ La *República literaria*

11 Idem, p. 186.

12 "La ambición en el solio", en el *Teatro Crítico*, tomo III. Madrid, Herederos de Francisco del Hierro, 1749, p. 258.: "Si yo me pusiese a escribir un catálogo de los Ladrones famosos que hubo en el mundo, en primer lugar pondría a Alexandro Magno, y a Julio Cesar."

13 *República*. Ed. cit., pp. 92-94.

14 "Obra es ésta que requería más tiempo y menos ocupaciones; pero habiendo venido a este Congreso de Munster por Plenipotenciario de S. M. para el tratado de la paz universal, hallé en él más ociosidad que la que convenía a un negocio tan grande, de quien pende el remedio de los mayores peligros y calamidades que jamás ha padecido la Cristiandad, pasándose los días, los meses y los años sin poderse adelantar la negociación por las causas que sabe el mundo: con que me hallé obligado a trabajar en algo que pudiese conducir al fin dicho del servicio del Principe nuestro Señor, y también a estos mismos tratados; habiendo visto publicados algunos libros de pretensos derechos sobre casi todas las provincias de Europa, cuya pretensión dificultaba y aun imposibilitaba la conclusión de la paz, y que era conveniente que el mismo hecho de una Historia mostrase claramente los derechos legítimos en que se fundó

constituye, al igual que *El Criticón* de Gracián y como las *Cartas filológicas* de Cascales y —en el siglo siguiente— las *Exequias* de Forner, un índice de conocimientos, una pauta para entender el grado de cultura de la época y la posición filosófico-social de un español ilustrado del siglo XVII. Las *Empresas*, su libro más célebre y logrado, se nos figura hondo y caudaloso embalse al que van a párar corrientes diversas canalizadas por el autor para formar ingeniosa y aprovechable presa.

Aunque escrita hacia 1612, la *República literaria* no se publicó hasta 1655, ya muerto su autor. Apareció primero con el título de *Juicio de artes y ciencias*, hurtando el nombre de Saavedra y sustituyéndolo por el de un don Claudio Antonio de Cabrera. Se negaba también la paternidad a Saavedra en la reimpresión de don Isidoro Bosarte,¹⁵ alegándose una carta del P. Antonio Arana en la que señalaba como autor al “licenciado Navarrete, canónigo de Santiago y Secretario de la Reyna Margarita, año de 1620”.

Con todo, desde 1665 y si se descuenta la miscelánea de Bosarte, todas las ediciones salen con el título más conocido y con el nombre de Saavedra.

La *República* es un sueño en torno a “los desengaños de los estudios”; se trata de la confesión de un desencanto que encaja perfectamente en el panorama espiritual de aquellos días europeos. Toda su argumentación descansa en la creencia errónea de que la ciencia consiste únicamente en lo especulativo y de que sus cultivadores son impotentes para actuar, gentes sin sentido práctico, incapaces de aplicaciones efectivas. Como Saavedra fué en su obra una constante paradoja, no debe sorprender que nos lo parezca en estos juicios que vienen a ser como agraz anticipación —pero

el Reino y Monarquía de España y los que tiene a diversas provincias, los cuales consisten más en la verdad de la historia que en la sutileza de las leyes; y esto no para que se produzcan en juicio, sino para que se vea lo que se deja olvidado por no dilatar más el público sosiego...” Prólogo “Al lector”, de la *Corona gótica*; el subrayado es mío.

15 La miscelánea de Bosarte se titulaba: *Gabinete de lectura española o colección de muchos papeles curiosos de Escritores antiguos y modernos de la Nación*; dentro de ella, el libro de Saavedra llevaba este tejuelo: *Discurso curioso, agudo y erudito acerca de la multitud de libros que cada día se publican y juicio de los autores en todas las facultades, así modernos como antiguos: escribiéndolo en meditación retirada nacida de la continua lección y estudio de todo género de Escritores, N. de N., Secretario de Su Magestad*. El manuscrito que sirvió para esta edición, se perdió; de una copia del mismo sacó la suya de 1907 don Manuel Serrano y Sánz.

a la inversa, ya que ahora lo que debe lamentarse es que la ciencia y los científicos dejen la especulativa pura para dedicarse a vesánicas aplicaciones— del desilusionado mundo de nuestros días, presidido por lo que Ortega y Gasset calificó de “terrorismo de los laboratorios”, desencantado por el fracaso no de la ciencia, sino de esa “orla de petulancia, de irracionales y arbitrarios añadidos” que condujo al “desequilibrio entre la perfección de su eficiencia parcial y su falla para los efectos de la totalidad, los definitivos”.¹⁶

No comete Saavedra el desacierto de negar los beneficios de los estudios; como Luciano en sus diálogos¹⁷ tampoco ofendía a la filosofía con su fina sátira. Y esta comparación no surge por casualidad; posiblemente en el autor de la *República* pueden descubrirse rasgos muy lucianescos, vestidos con el ropaje de un escepticismo culto y dominados por el tema, casi obsesionante para Saavedra, de los problemas políticos.

Para nuestro autor, las sociedades humanas se constituyeron “con fin de obrar, no de especular”, y por eso “no son felices las repúblicas por lo que penetra el ingenio sino por lo que perfecciona la mano”.¹⁸ La más segura razón de Estado “es la que dicta la razón natural; la cual para su conservación y aumentos no ha menester el estudio, antes con él se confunde, y, dudosa con la variedad de los discursos que ofrece la especulación, no sabe resolverse. Más hemos aprendido a vivir de los animales que de los hombres; más de los rústicos que de los doctos. Las artes de reinar que inventó la especulación, hicieron tiranos, y antes derribaron que levantaron Imperios; y si alguno creció con ellas duró poco. Menos dañosa es la malicia natural nacida de las pasiones propias, que la que despertada del ingenio instruido con el estudio de los casos busca el tiempo y las ocasiones para adelantar sus acrecentamientos con daño ageno.”¹⁹

Cuando se refiere a los libros los califica de “hojas donde la malicia es maestra de la inocencia, siendo causa de infinitos pleitos i de la variedad de religiones i sectas”.²⁰

16 *Historia como sistema*. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1942, p. 25.

17 *Subasta de vidas, El Pescador*.

18 Empresa LXVI: *Ex fascibus fasces*. Ed. de La Lectura, Madrid, 1928. Tomo III, p. 163.

19 *Corona gótica, “Al Lector”*.

20 *República*. Ed. cit., p. 76.

Cuando presenta a Alfonso el Sabio contemplando las estrellas mientras le arrebatan la corona, escribe: "No admite el arte de reinar las atenciones i divertimientos de las sciencias cuya dulçura distrae los ánimos de las ocupaciones públicas y los retira a la soledad i al ocio de la contemplación, i a las porfias de las disputas..."²¹

Todo esto se nos aparece como una contribución española a la teoría de la bondad natural, a la idea del "buen salvaje". No es, como dice certeramente Paul Hazard, que tal personaje fuese nuevo, sino que entre el siglo xvii y el xviii su concepción adquiere ya forma definitiva y "se hace agresivo".²² Cuando Saavedra escribe estas páginas, ya se publicó el libro de Gabriel Sagard: *Grand Voyage au Pays des Hurons* (1631); Europa está a 23 años del encuentro del Barón de Lahontan con Adario, aquel "sauvage de bon sens" en cuyos diálogos con el civilizado triunfa, frente al Evangelio, la religión natural; frente a las leyes europeas, la moral natural; frente a la sociedad francesa, la vida primitiva en común, plena de felicidad y de justicia sin temor al castigo. El buen salvaje de Lahontan se presenta como un modelo: vigoroso, ágil, noble, bastándose a sí mismo por sus propias manos, con bendita ignorancia de artes y ciencias, "fuentes de corrupción", sólo obediente a la madre naturaleza, aprendiendo de ella y de los animales que le rodean, dichoso sin libros, libre y digno. Junto a él, los verdaderos bárbaros diríanse los civilizados. Es ya la teoría de la "bondad natural"; con todo, faltaba un siglo para que Juan Jacobo Rousseau ganase el concurso de la Academia de Dijón (1750) con su discurso demostrativo de que las artes y las ciencias, lejos de significar beneficio para los hombres, anublan turbulentamente los días felices de su vida, favoreciendo los vicios, maleando las costumbres.²³ El te-

21 Idem, p. 146.

22 *Op. cit.*, tomo I, pp. 16-17.

23 Este discurso, que fué publicado en las Memorias de Trevoux de febrero y junio de 1751, dió lugar a que el P. Feijóo escribiese su Carta Dieciocho que apareció en el Tomo iv de las *Eruditas* (Madrid, 1753) con este significativo encabezamiento: "Impúgnase un temerario que pretendió probar ser más favorable a la Virtud la Ignorancia que la Ciencia". Modernamente apareció en el tomo LXVI de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra, y la reprodujo también G. Delpy en su excelente estudio: "*Bibliographie des sources françaises de Feijóo*", Paris, Hachette, 1936.

El drama que presidió el tránsito del siglo xvii al xviii, estribó en que las Utopías se hicieron "racionalistas" y dieron paso a verdaderas "odiseas filosóficas". Ya no se

ma, encetado ya en la polémica entre Mabillon y Le Bouthillier de Rancé, va a tener en los enciclopedistas sus verdaderos impulsores. Voltaire (*Candide, L'Ingénu, L'Orphelin de la Chine* y hasta *Micromégas*) será el gran continuador de esta posición escéptica y burlona. Pero lo que en Rousseau y en Voltaire resulta actitud de "intelectualismo" y, como decía Feijóo, ostentación de "habilidad para hacer probable una extravagante paradoxa", en Saavedra fué impulso muy confuso en el que la convicción, aún no del todo adquirida, se mezclaba con objetivos políticos y razonamientos intencionales. Por eso muchos de estos conceptos que quieren ser radicales, sin lograrlo, aparecen rectificadas o en contradicción con las páginas más solemnes de su libro culminante: *Idea de un príncipe político cristiano representada en cien empresas* (1640). En cambio otros se modifican tomando sesgo diferente. Por ejemplo, los dedicados a la jurisprudencia, astrología judiciaria, hechicerías, magia, embelecos, supersticiones, y, sobre todo, a la alquimia, en donde parece percibirse un eco de material erasmiano.²⁴

entendía con pleno sentido lo que Alfonso Reyes, con su frase cinceladora de altos pensamientos, llamó "juego cósmico de rompecabezas" en busca de "la primitiva unidad" que se sueña "unas veces como fuerza impulsora y otras como fuerza tractora de la historia". (Vid. en *Ultima Tule* "Capricho de América". Ed. Imprenta Universitaria, México, 1942, p. 123.) Está naciendo un avatar forzado, que va a "encarnar" novelísticamente Daniel de Foe. Muy lejos ha quedado el delicioso "crear" de Tomás Moro. En Saavedra Fajardo este soñar barroco en "Robinson" conduce, para que siempre le acompañe la paradoja, a toda una teoría de la vida en sociedad y a un tratado de gobierno.

24 En la *República*, escribe: "...i vimos a un lado i otro muchos hornillos encendidos con gran variedad de redomas, alambiques y crisoles, en que estava ocupado un infinito número de hombres, todos pobres i rotos, abrasados del fuego, tiznados del humo i manchados de los mismos olios i quintas esencias que sacavan. Su ocupación era aplicar mixtiones, procurando las alteraciones, corrupciones, sublimaciones i trasmutaciones de las materias... gente espléndida i rica en los vocablos, i en lo demás pobre y abatida, que cobrava en humo sus grandes esperanzas..."

En las *Empresas*, amplía la frase de la *República*: "Lo que más admiré fué que muchos príncipes, arrimando el cetro, hinchavan los fuelles para animar las llamas, con no menos codicia que los demás", advirtiendo: "Suelen los príncipes entregarse a las artes de la destilación, y si bien es noble divertimento en que se descubren notables efectos y secretos de la naturaleza, conviene tenellos muy lejos dellas, porque fácilmente la curiosidad pasa a la alquimia y se tizna en ella de codicia, procurando fijar el azogue y hacer plata y oro, en que se consume el tiempo vanamente."

Al comentar la *República* no debe olvidarse que no sólo se detiene en lo literario, sino que expone algunas ideas estéticas y presta atención a la pintura española entonces en glorioso zenit. Así aparece la cita de Navarrete el Mudo, “a quien envidiosa quitó la voz la Naturaleza porque antevió que, en emulación de sus obras, avían de hablar las de aquel gran pintor”. Y la que se refiere a Velázquez, que “estaba retratando al Rei Filipe Cuarto . . . con tan airoso movimiento i tal espresión de lo magéstuoso i augusto de su rostro, que en mí se turbó el respeto i le incliné la rodilla i los ojos”.²⁵

Ya en la *República*, asoma la intención antimachiavela —llamémosla así, aunque no sea la denominación muy exacta— de Saavedra, que se desarrolla plenamente en las *Empresas*. Esta actitud tiene dos aspectos: uno relativo a la libertad humana y a las relaciones políticas; otro, al desenvolvimiento de los estudios y la cultura al amparo de la paz. Se trata de dos grupos de consideraciones intimamente trabados que animan por doquier el texto de las *Empresas*, sosteniendo un generoso aliento que procede, principalmente, de tratados anteriores de inspiración erasmiana.

Ya en la *República*, al referirse Saavedra a su gran modelo, Tácito —del que por entonces corrían no sólo la elegante versión castellana de Baltasar Alamos de Barrientos, sino los *Aforismos* ordenados y comentados por Benito Arias Montano—,²⁶ le defiende de una opinión de Budeo y exclama: “A este peligro se exponen los que escriven en tiempos de príncipes tiranos; que, si los alaban son lisongeros, i si los reprehenden penetrando sus vicios parecen maliciosos.”

Cuando aludo a tratados de inspiración erasmiana no me refiero sólo a la posible lectura por Saavedra de la *Institutio* de Erasmo o de la traducción suya de Isócrates que, por otra parte, corría en ediciones españolas desde 1570 en la versión de Diego Gracián de Alderete, sino a los tratados de contenido político y dedicados especialmente a la educación de los príncipes, tratados que, inmediatos a Saavedra, vienen a constituir como el eslabón entre el período triunfal de lo erasmiano español y la etapa en la

Compárense estos conceptos con los expresados por Erasmo en la *Moria*, *Op. cit.*, tomo iv, 368, en el coloquio *Alcymistica* y en *De utilitate Colloquiorum*, *op. cit.*, tomo i, pp. 636-639 y 760.

25 *República*, p. 86.

26 Alamos de Barrientos: *Tácito español*, Madrid, 1614. Benito Arias Montano: *Aforismos de Tácito sacados por . . .* Barcelona, apud Tanevat, 1614.

cual las ideas fundamentales de esa corriente histórico-cultural se van diluyendo y toman las más variadas y proteicas adaptaciones para sobrevivir al aprieto de circunstancias adversas. Entre esos tratados no deben olvidarse el del gallego Francisco Monzón, capellán y predicador del rey de Portugal don Juan III: *Libro primero del espejo del príncipe christiano*, editado en Lisboa el 1544; el del maestro Felipe de la Torre, dedicado a Felipe II con el título: *Institución de un rey christiano*, impreso en Amberes el 1556, y el del valenciano Fadrique Furió Ceriol: *El concejo y consejeros del príncipe*, ofrecido también a Felipe II en 1559.

Aunque sean numerosísimos los tratados que sobre este tema se publicaron en los años inmediatamente anteriores a las *Empresas*, los tres citados no han sido tenidos en cuenta hasta ahora con respecto a la obra de Saavedra; un cotejo cuidadoso es muy probable que produjese resultados suficientes a justificar el esfuerzo. Las líneas generales de coincidencia pueden resumirse ya en rápida síntesis.

Saavedra se alza contra el oportunismo en política; comienza por asentar todo el gobierno en una base educativa del príncipe desde su niñez. Contradiciendo sus propios juicios de la *República*, pide una pedagogía completa y una ilustración amplia: "Más se teme en los príncipes el saber que el poder. Un príncipe sabio es la seguridad de sus vasallos y un ignorante la ruina..." Y, pocas líneas antes, afirma: "... a ninguno más que al príncipe conviene la sabiduría." Claro es que "más desembarazado obra un juicio natural libre de las disputas y sutilezas de las escuelas", pero al príncipe hay que enseñarle "las artes de reinar juntamente con las ciencias". Porque ese arte "no es don de la naturaleza, sino de la especulación y de la experiencia".²⁷

Los conceptos que dedica a la formación interna y espiritual del gobernante, señalan ideas muy modernas: "No piense el príncipe que la merced que hace es marca con que deja señalado por esclavo a quien la recibe; que ésta no sería generosidad sino tiranía y una especie de comercio de voluntades, como de esclavos en las costas de Guinea."²⁸

Admoniciones de la clásica sabiduría afloran con frecuencia: "... no está la felicidad en vivir, sino en saber vivir. Ni vive más el que más vive, sino el que mejor vive; porque no mide el tiempo la vida, sino el empleo."²⁹

27 *Empresas*, ed. cit., tomo I, pp. 50-54 y 60.

28 *Idem*, p. 71.

29 *Idem*, p. 144.

El origen del poder determina para Saavedra el juicio sobre el gobierno: "A muchos dió la virtud el imperio; a pocos la malicia. En éstos fué el ceptro usurpación violenta y peligrosa."³⁰

El verdadero pensamiento liberal, la concepción básica de Saavedra en cuanto al gobierno, está, a mi juicio, expresado con estas palabras: "Reconozca también el príncipe la naturaleza de su potestad, y que no es tan suprema, que no haya quedado alguna en el pueblo la cual o la reservó al principio, o se la concedió después la misma luz natural para defensa y conservación propia contra un príncipe notoriamente injusto y tirano. A los buenos príncipes agrada que en los súbditos quede alguna libertad; los tiranos procuran un absoluto dominio... la dominación es gobierno y no poder absoluto... que no se eligió al príncipe para que solamente fuera cabeza, sino para que sirviese a todos... no nacieron los súbditos para el rey, sino el rey para los súbditos."³¹

Poco antes de este párrafo, exclama: "Feliz aquella (república) donde se puede sentir lo que se quiere y decir lo que se siente."³² Y en otra parte levanta la preeminencia del derecho para el gobierno: "... sobre la piedras de las leyes, no de la voluntad, se funda la verdadera política."³³

Ya en la *República* había escrito: "... floreció la paz y bolvieron a brotar a su lado las ciencias." En las *Empresas* va a desarrollar este pensamiento, pero con tales perfiles erasmianos, que parécenos escuchar un eco de la *Querela Pacis*: "Los animales solamente atienden a la conservación de los individuos, y si tal vez ofenden, es en orden a ella, llevados de la ferocidad natural que no reconoce el imperio de la razón. El hombre, al contrario, altivo como la llama celestial que le anima y hace señor de todos y de todas las cosas, suele persuadirse que no nació para sólo vivir, sino para gozallas fuera de aquellos límites que le prescribe la razón... de donde nacen los homicidios, los robos y las tiranías y el ser el hombre el más injusto de los animales; conque no estando seguros unos hombres de otros se inventaron las armas... y se introdujo en el mundo la guerra. Este nacimiento tuvo, si ya no nació del infierno, después de la soberbia de aquellas primeras luces intelectuales. Tan odiosa es la guerra a Dios que,

30 Idem, p. 162.

31 Empresa xx, ed. cit., tomo I, pp. 186, 187, 190.

32 Empresa xiv, p. 135.

33 Empresa xxi, p. 196.

con ser David tan justo, no quiso que edificase el templo porque había derramado mucha sangre. Los príncipes prudentes y moderados la aborrecen, conociendo la variedad de sus accidentes, sucesos y fines. Con ella se descomponen el orden y armonía de la república, la religión se muda, la justicia se perturba, las leyes no se obedecen, la amistad y parentesco se confunden, las artes se olvidan, la cultura se pierde, el comercio se retira, las ciudades se destruyen y los dominios se alteran... Si es interior la guerra, es fiebre ardiente que abrasa el Estado; si exterior, le abre las venas, por donde se vierte la sangre de las riquezas y se exhalan las fuerzas y los espíritus. Es la guerra una violencia opuesta a la razón, a la naturaleza y al fin del hombre, a quien crió Dios a su semejanza y substituyó su poder sobre las cosas, no para que las destruyese con la guerra sino para la paz; no para el furor, sino para la mansedumbre; no para la injuria, sino para la beneficencia; y así, nació desnudo, sin armas con que herir ni piel dura con que defenderse; tan necesitado de la asistencia, gobierno y enseñanza de otro, que, aun ya crecido y adulto, no puede vivir por sí mismo sin la industria ajena. Con esta necesidad le obligó a la compañía y amistad civil, donde se hallasen juntas con el trabajo de todas las comodidades de la vida, y donde esta felicidad política los uniese con estrechos vínculos de amistad..."

Y, en seguida, desenvuelve el argumento del reparto universal de los bienes dispuesto por la Naturaleza, "porque soberbia una provincia con sus bienes internos, no despreciase la comunicación de las demás", a fin de que "el mundo fuese una casa familiar y común a todos". Después va enumerando los beneficios y dones que posee el hombre para el amor, la benevolencia, la pacífica convivencia y el agrado mutuo, y volviendo a la comparación con las bestias, armadas por la naturaleza para ofender y defenderse, dice que para ellas es "lo irracional de la guerra, no para el hombre, en quien la razón tiene arbitrio sobre la ira".³⁴

La coincidencia con Erasmo es todavía mayor cuando se lee: "No acomete el águila al águila, ni un áspid a otro áspid, y el hombre siempre maquina contra su misma especie..."³⁵

34 Empresa LXXIV, tomo III, pp. 255-257.

35 Empresa XLVI. Compárese con la *Querela*: "*Leonum inter ipsos feritas non dimicat. Aper in aprum non vibrat dentem fulmineum, lynxi cum lynce pax est, draco non saevit in draconem, luporum concordiam etiam proverbia nobilitarunt... solos homines... etc.*" *Op. cit.*, tomo IV, pp. 486-487.

Muy renacentista es el concepto que Saavedra expresa sobre la virtud y el valor, "que por sí mismos —dice— se fabrican la fortuna, respetan el ánimo y la admiración". Y a este respecto sus modelos se proyectan hacia América: "El Océano recibió leyes de Colón, y a un orbe nuevo las dió Hernán Cortés, que, aunque no nacieron grandes señores, dieron nobleza a sus sucesores para igualarse con los mayores. Los más celebrados ríos —agrega— tienen su origen y nacimiento de arroyos; a pocos pasos les dió nombre y gloria su caudal." ³⁶

Recargada de alegorías barrocas aparece la que pudiéramos llamar su explicación del descubrimiento del Nuevo Mundo. La presenta en una de las puertas de entrada de la ciudad, en la *República*; Polidoro Virgilio explica los relieves en que se representa un concilio de dioses olímpicos muy a la manera de Camões. Allí se confiere el mayor honor a España concediéndole que el Tajo dilate "su monarquía por los términos de Europa i costas de Africa. Al gran padre de los dioses, Océano, le parece corto galardón para nación tan gloriosa, i propone a los dioses aquella separación de otro mundo no conocido o ya olvidado de los hombres, después que la fuerza de las olas le retiraron i tantos montes i valles de agua le hicieron incomunicable". Más que a un predescubrimiento americano parece que Saavedra con estas palabras alude a la Atlántida de los diálogos platónicos (*Timeo, Critias*), es decir, al presentimiento poético de América. Océano es quien aboga porque el "descubrimiento y conquista deste nuevo mundo", sea el "premio debido a la piedad i valor de los españoles".

Lo curioso es que Saavedra enlaza con este acontecimiento todo un simbolismo del que nacen nada menos que la invención de la brújula, de la pólvora, de las armas de fuego y de la imprenta: "Apruevan su parecer (el del Océano) los demás dioses, ofrécese dificultades en su ejecución si se hiziese dejando correr los medios ordinarios por la dificultad de reducir a la obediencia y al gobierno político provincias tan dilatadas y tan distantes entre sí, pobladas de numerosas naciones, con un pequeño número de gente; pero la incomprehensible sabiduría de aquel celestial cónclave dispone los medios, facilitando Nereo la navegación con la invención de la piedra imán; Marte halla la pólvora; Vulcano fabrica los arcabuces, con que armados de rayos los Españoles sujeten la multitud de aquellos bárvaros; i para que entre ellos puedan mejor dilatar la Reli-

36 Empresa xvii, ed. cit., tomo I, p. 159.

gión por medio de los libros, escusando el inmenso trabajo de los escritores, sus errores i ignorancias, inventa Mercurio los caracteres de la emprenta, labrados por Vulcano en puntas de plomo i otros metales blandos. Plutón mezcla el humo con la linaza i trementina, i haze un betún con que bañadas las letras, i oprimidas con la prensa, dejen en el papel trasladadas sus figuras, i pueda el más ignorante tirar en un día, sin saber escribir, infinito número de pliegos escritos.”³⁷

En toda la obra de Saavedra sólo he encontrado una cita de un cronista de Indias. Está tomada de la *Conquista de Méjico* de López de Gomara, por cierto con un *lapsus* algo desorientador en las grafías abreviadas.³⁸ Se refiere Saavedra, al tratar de la influencia que sobre el gobierno ejerce la conducta personal del príncipe, a una costumbre de los mexicanos, “que obligaban a sus reyes (cuando los consagraban) a que jurasen que administrarían justicia; que no oprimirían a sus vasallos; que serían fuertes en la guerra; que harían mantener al sol su curso y esplendor, llover a las nubes, correr a los ríos, y que la tierra produjese abundantemente sus frutos...”³⁹

Saavedra se nos aparece emparentado con Gracián, por el estilo; con Quevedo —aunque no llegue a su desfado— por el fondo de algunos temas. Como ambos citados contemporáneos suyos, el autor de las *Empresas* se detiene más en el hombre y su tipo que en el conjunto social. Algunas veces la similitud quevedesca es evidente, como cuando escribe que en la república feliz “se puede sentir lo que se quiere y decir lo que se siente”; Quevedo escribía en su conocida sátira: “¿Siempre se ha de sentir lo que se dice? — ¿Nunca se ha de decir lo que se siente?”

Una coincidencia, sin duda causal, parece encontrarse entre Saavedra y Lope cuando aquél, como ya señalamos, califica el trabajo del escritor

37 *República*, ed. cit., pp. 92-94.

38 Tanto en la edición Bouret-Louis-Michaud, París, s. a., como en la de La Lectura *cit. supra*, la cita figura así: “Pop. Gamar.”, en vez de “Lop. Gomar”.

39 El texto de López de Gomara dice: “Llegaba luego el gran sacerdote, y tomábale juramento de palabra, y conjurábale que ternía la religión de sus dioses, que guardaría los fueros y leyes de sus antecesores, que manternía justicia, que a ningún vasallo ni amigo agraviaría, que sería valiente en la guerra, que haría andar al sol con su claridad, llover las nubes, correr los ríos, y producir la tierra todo género de mantenimientos. Estas y otras cosas imposibles prometía y juraba el nuevo rey.” Id. *Historiadores primitivos de Indias*. Col. de Enrique Vedia. B. A. E. Rivadeneyra, Madrid, tomo I, p. 435 a.

como "uno de los mayores y más importunos de la vida humana". Recordemos aquel párrafo de una epístola de Lope al duque de Sessa: "Amanecí tal de los ojos que hasta ahora no he podido tomar la pluma: desvelos son de lo que he escrito estos días hurtando tiempo al sueño y aun al sustento, por pagar algo de mis deudillas que, como todo se remite a la pluma, no puede la tinta tanto: que se echan ella y el papel como la hembra y el varón, el papel se tiende y la pluma lo trabaja como la forma y la materia . . ."

Centrado en su siglo, apura Saavedra lo barroco; pero diríase que ya siente el gustillo primerizo de lo "enciclopédico", sin apartarse por esto de lo individual y de aquel afán que poseía a su época de hallar el "hombre tipo", que Gracián con decisivo arrojo logró hacer triunfar en Europa un momento con su *Héroe*, adelantándose a Nietzsche, mientras surgía el modelo de "honnête homme" y se preparaba a dominar la escena el "homme du monde accompli", cuya figura culminante se encarna en el curioso Saint-Evremond. En Saavedra empieza la concepción de lo social moderno y se anuncia la obra de Montesquieu.

Puede decirse que se quedó en el pórtico de un tiempo nuevo. Cuando viajaba por las cortes de Europa, aún reverberaban los postreros rescoldos del ocaso en las bardas españolas; con esa luz escribió todavía su pluma bastantes páginas; las últimas están rezumantes de melancolía y de ansiedad de sosiego: así se explica el consejo de paz y de concordia con que se cierran las *Empresas*. Por paradoja, también, no logró Saavedra ni aun después de muerto aquel anhelado reposo; su calavera sirvió muchos años como ejemplaridad y "*memento mori*" sobre los ataúdes y catafalcos, en los entierros que tenían lugar en el convento de Recoletos de Madrid.

JOSÉ ALMOINA